

Diversidad y desigualdad en aglomeraciones urbanas transfronterizas¹

En este artículo se aborda la complejidad que plantea la gestión de las aglomeraciones transfronterizas. La gestión de aglomeraciones urbanas es per se un proceso de difícil articulación puesto que constituyen espacios localizados sobre múltiples unidades político-administrativas. En ellas confluye la disputa entre una ciudad para los que la habitan y una ciudad para los visitantes/consumidores o transeúntes esporádicos; el juego de poder entre las distintas culturas que impone la hegemonía de unas sobre otras; y unos derechos sociales que no son ejercidos igualitariamente. En las aglomeraciones transfronterizas se observa la constitución de un territorio en el que al mismo tiempo se manifiesta lo mejor de lo diverso y se expresa la cara peor de la desigualdad.

La conformación de ciudades articuladas en ubicaciones fronterizas en Suramérica es una realidad de la que emergen rasgos de diversidad (con una riqueza potenciada por la sinergia de las relaciones entre distintas culturas y economías) y de desigualdad (como resultado de las asimetrías y diferentes formas de inserción en la división social del trabajo). Algunas de estas aglomeraciones urbanas transfronterizas se encuentran en la región andina, otras en la amazónica, otras más en el sur; las hay en fronteras secas, en las que una calle demarca la división entre países, otras separadas por importantes barreras naturales.

La más grande de las ubicadas en Suramérica es la aglomeración transfronteriza triple de Foz do Iguaçu (Brasil), Ciudad del Este (Paraguay) y Puerto Iguazú (Argentina), con una población que supera los 700.000 habi-

Rosa Moura es geógrafa, investigadora en el Instituto Paranaense de Desenvolvimento Econômico e Social (IPARDES) y en la red Observatório das Metrôpoles

Nelson Ari Cardoso es historiador, investigador en IPARDES

¹ Este tema ha sido presentado y debatido en el IV Seminario Internacional de la Red de Investigación sobre Áreas Metropolitanas de Europa y América Latina (RIDEAL), Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, México, mayo de 2008.

tantes y una economía desplegada por una intensa actividad comercial, turística y de generación de energía hidroeléctrica. Esa aglomeración conforma una extensión ocupada en continuidad entre los tres países, con fronteras delimitadas por inmensos ríos y reservas naturales, pero con flujos cotidianos de personas y mercancías que superan las barreras físicas o aduaneras y hacen que la unidad prevalezca sobre el rompecabezas de fragmentos institucionales y de intereses privados que se confrontan en el ejercicio del poder.

En este artículo abordamos la complejidad que plantea la gestión de estas aglomeraciones transfronterizas, sea porque la proximidad se combina con una frágil articulación entre los diferentes Estados autónomos, sea por la multiplicidad de escalas actuantes en la producción del espacio o sea, finalmente, por la desigualdad de las condiciones entre los tramos territoriales y los segmentos sociales que realizan el intercambio del día a día (muchas veces bajo el velo de la ilegalidad).

Entre límites y fronteras

La frontera establece una relación entre unos Estados-nación separados por límites físicos o abstractos en contraposición a las relaciones cotidianas de convivencia que emanan de la expansión de la ocupación y de la dinámica económica. En síntesis, es una línea material o imaginaria, históricamente institucionalizada, que se desvanece ante los movimientos de producción real de ese mismo espacio. Aunque regidas de forma ostensiva por los más diversos aparatos de control, las fronteras reflejan y propician interdependencias y dinámicas interrelacionales capaces de suplantar, de forma legal o ilegal, las propias barreras de su existencia.

De acuerdo con Machado,² la palabra frontera denota también aquello que está delante, el lugar hacia donde el Estado tiende a expandirse. En este sentido, contrasta con la noción de límite, que significa el fin de aquello que mantiene en cohesión una unidad político-territorial. Dicha connotación política ha sido reforzada por el moderno concepto de Estado, en el que la soberanía se corresponde con un proceso absoluto de delimitación territorial, legitimando el uso de la fuerza física, las normas, la moneda, los impuestos o la existencia de una lengua nacional.

Así, la frontera está orientada “hacia fuera”, y puede ser un factor de integración por constituirse en una zona de interpenetración, mientras los límites se orientan “hacia dentro”. Si la frontera puede representar intereses distintos a los del Gobierno central es porque el límite jurídico creado por un Estado se realiza sobre la base de un polígono abstracto que

² Lia Osório Machado, “Límites, fronteiras, redes” en T. M. Strohaecker, A. Damiani, N.O. Schaffer, N. Bauth, V. S. Dutra (org.), *Fronteiras e Espaço Global*, AGB-Porto Alegre, Porto Alegre, 1998, pp. 41-49.

funciona como elemento de separación entre unidades políticas soberanas y que actúa como un obstáculo fijo que fragmenta una aglomeración con la presencia de factores comunes de orden territorial, económico o cultural.

Normalizada en el intercambio de personas y mercancías, la frontera posibilita la expansión de los pueblos hacia fuera del límite jurídico del Estado, desafiando la ley territorial. A veces, creando una situación potencialmente conflictiva, obligando a la revisión de los acuerdos diplomáticos, otras veces, con más flexibilidad, creando zonas de nacionalidad híbrida (cabe recordar expresiones acuñadas por el lenguaje común como los brasiguayos o el portuñol, en las fronteras brasileñas con países de lengua hispánica, o el texmex, en la frontera mexicana con Texas).

La confluencia de oportunidades e intereses diversos pasa a ser elemento clave en la configuración urbana del aglomerado, tendiéndose a privilegiar los intereses externos frente a los propios de la población residente

En el escenario contemporáneo de cambios rápidos y de difícil asimilación, emerge la sensación nostálgica de un país como un sistema cerrado, protegido por sus propios límites. Desde ese punto de vista, la permeabilidad presente en las fronteras pasa a ser comprendida como algo nocivo, amenazador a la integridad de la nación; una metáfora en la cual la porosidad de las fronteras resume todo lo negativo que se identifica en un país.

Sin embargo, muchos estudios señalan que las áreas fronterizas pueden ser espacios de despliegue de posibilidades para el desarrollo, áreas de transición, de contacto y de articulación especialmente vivas y con dinamismo propio. Las ciudades contiguas que se extienden entre países y ejercen, muchas veces, actividades económicas similares y funciones urbanas complementarias podrían dar origen a estructuras bi o trinacionales con articulación productiva y transformación territorial. No obstante, contraponiéndose a esta idea, prevalecen todavía tensiones históricas fronterizas y, sobre todo, asimetrías entre las partes, llevando a cuadros de expresiva desigualdad.

No hay que dejar de subrayar la importancia de la presencia del Estado en el planeamiento y gestión (mediación) de esos espacios. A partir de la toma en consideración de las particularidades de estos espacios y de las dificultades que surgen en ellos para controlar la movilidad económica y poblacional, se hace necesario abandonar la imagen de un mosaico de trozos de países independientes que se avecinan, y se debe empezar a formular y hacer efectivas políticas integradoras. Y más aún, se debe enfrentar la gran cuestión de esas regiones: las restricciones a la movilidad de los factores de pro-

ducción y la consecuente dificultad que eso impone a la concreción de un espacio económico peculiar.

La porosidad de la frontera atrae por su supuesta libertad. Cruzar la frontera puede representar un horizonte de realización o, aun más, una impunidad amparada en el derecho internacional y en las trabas burocráticas de relaciones diplomáticas. Traspasarlas significa la apertura a flujos que no sólo acercan lugares sino que también amplían las posibilidades de su inserción en una misma dinámica económica y social. Esa perspectiva de extensión “hacia fuera” sirve para reforzar su posición central en la red urbana y orienta el análisis del papel que representan las aglomeraciones urbanas transfronterizas en el amplio juego de interrelaciones entre países.

Las asimetrías en la aglomeración transfronteriza

Situada en una zona de intersección entre las ciudades de Foz do Iguazu, Ciudad del Este y Puerto Iguazú, esta aglomeración se asienta en un espacio transfronterizo, heterogéneo, diverso y asimétrico, representando un punto de encuentro, de paso, de llegada y de partida de los más variados flujos. Dos elementos de especial importancia se ubican en esta zona: el primero, las cataratas del Iguazú, localizadas en la frontera entre Brasil y Argentina, uno de los más significativos fenómenos turísticos naturales del mundo, considerada por la Organización de las Naciones Unidas para Educación y Cultura (UNESCO) patrimonio de la humanidad; el segundo, la hidroeléctrica de Itaipu, con su gigantesco lago formado por el apresamiento de las aguas del río Paraná, en la frontera entre Brasil y Paraguay, y que constituye una de las mayores plantas generadoras de energía hidroeléctrica del mundo.

Es una zona de una gran diversidad étnica y cultural y con una intensa actividad comercial, especialmente en Ciudad del Este. Dicha actividad se caracteriza por una oferta de productos importados, cuyos precios constituyen su mayor atractivo, y que repercute en los diversos segmentos del comercio minorista (principalmente informal) y configura una economía que es responsable de miles de empleos directos e indirectos. El dinamismo comercial no sólo hace posible la generación de renta para los comerciantes, sino que también posibilita el acceso a dichas mercancías a un consumidor final de menor renta.

Los puentes de la Amistad y Tancredo Neves ligan a Brasil y Paraguay y a Brasil y Argentina respectivamente. Foz do Iguazu destaca como centro de comercio y servicios más complejos y ejerce la función de polo internacional de turismo. Es una función que comparte con Puerto Iguazú, que también ofrece servicios e infraestructuras al turismo, pero en menor volumen. Ciudad del Este se caracteriza por la actividad comercial, con mezcla de grandes y pequeños negocios y un amplio comercio informal en la calle protagonizado por los llamados

mesiteros que abastecen a turistas y, especialmente, a los *sacoleiros*, o compradores informales con grandes bolsos (*sacolas*, en portugués), que contribuyen –junto al resto de los consumidores de los tres países y a los proveedores (particularmente asiáticos)– a intensificar la densidad de los flujos establecidos en esa aglomeración transfronteriza.

Un movimiento constante de comerciantes que actúan por cuenta propia como pequeños empresarios o como trabajadores autónomos, transfiere al aglomerado urbano una presencia inestable que no crea raíz, no firma compromiso, pero que hace girar esa economía poco formal, aunque consolidada. Ese comercio informal, rutinario a veces, tensa las relaciones bilaterales, particularmente entre Brasil y Paraguay (provocando en ocasiones el cierre de las entradas del puente), pero en ningún caso deja de dinamizar las relaciones comerciales locales. Y es que esa presencia es, en buena medida, la que mueve esa economía de la aglomeración, en la que la funcionalidad de cada una de las partes del territorio se muestra diferente en función de su inserción en la división social del trabajo, que, a su vez, genera grandes asimetrías y condiciones sociales desiguales.

Las oscilaciones en el tipo de cambio activan o revierten las direcciones del flujo de consumo y de negocios; la coyuntura de los precios favorece o desfavorece a determinados productos; las alteraciones en los mercados benefician o privan al consumidor, fortalecen el negocio o imponen la redirección de las actividades, implicando en no pocas ocasiones cambios de ubicación entre las distintas zonas del territorio; las diferentes políticas nacionales en el plano laboral provocan en los trabajadores una mayor movilidad en función de cómo terminen por afectar a cada mercado de trabajo local. Esta danza de oportunidades crea la idea de paraísos efímeros, tanto para los moradores estables del complejo –que logran apropiarse de las oportunidades territorialmente mutantes–, como para los habitantes de afuera del complejo, atraídos por las posibilidades que esa dinámica les abre. Conscientes o inconscientes de la integración, las poblaciones residentes y fluctuantes que cruzan las fronteras contribuyen, igualmente, a esta integración efímera y cambiante. Las relaciones cotidianas entre los actores que continuamente traspasan las fronteras hacen que surjan pactos que, aunque informales, resultan relativamente estables. Se originan así unas alianzas y un espacio de cooperación genuino protagonizado más por las personas que por las naciones.

La presencia de la hidroeléctrica de Itaipu, por un lado contribuye a fortalecer ese tipo de configuración, ya que reproduce, en una condición aún más puntual, limitada a la propia empresa, un enclave en la aglomeración. Pero, por otro lado, contribuye también a privilegiar a unos municipios en relación a los demás. En efecto, algunos municipios se ven favorecidos por los recursos provenientes de *royalties* o como compensación a las áreas inundadas por la formación del lago, y el manejo de esos recursos, que está restringido a la esfera municipal, amplía las desigualdades regionales.

Una aglomeración diversa y multicultural

La dinámica de los años setenta –resultado de la infraestructura física instalada, como puentes, carreteras y aeropuertos internacionales, y de la construcción de la hidroeléctrica de Itaipu– intensificó el crecimiento poblacional de las tres ciudades y sus respectivos alrededores, con más peso en Foz do Iguazú y Ciudad del Este. Acrecentó también el rol de las actividades del sector terciario y su importancia relativa frente a otras aglomeraciones urbanas de los respectivos países.

El crecimiento, en términos poblacionales, ha sido muy intenso. Con el inicio de las obras de Itaipu, en 1975, el Foz do Iguazú pasó –según el Censo del Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE)– de los 34.000 habitantes que tenía en 1970 a los 136.000 habitantes del año 1980. En 2007, la población estimada para ese mismo municipio era de 310.000 habitantes. Ciudad del Este, por su parte, ha experimentado un crecimiento similar. Los datos de la Dirección General de Estadísticas, Encuestas y Censos (DGEEC) del Paraguay muestran cómo en 1972 la municipalidad tenía una población de 26.500 habitantes, mientras que en 1982 el número se elevaba ya a los 62.300; un ritmo que prosigue en los años posteriores y que llega a superar los 260.000 habitantes en el año 2005. Aunque Argentina no formó parte del acuerdo binacional entre Brasil y Paraguay para la construcción de la planta hidroeléctrica, Puerto Iguazú también ha vivido el impacto de las obras de la presa. Su población se ha triplicado después de 1970, cuando tenía apenas 3.000 habitantes, pasando a 10.250 en el año 1980. En 2001 presenta una población total de 31.500 habitantes, conforme a los datos del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) de Argentina.

Tal orden de crecimiento ha causado impactos relevantes sobre las administraciones municipales encargadas de responder a unas demandas sociales que se incrementan día a día. La contabilidad en la relación necesidad-beneficio no siempre es favorable para las instituciones locales. Además, se tiene que tener en cuenta que, aparte de esa creciente población fija, existe también un volumen creciente de población flotante en busca del turismo, del comercio y del resto de las actividades, que formula unas demandas particulares y distintas a unos poderes locales ya de por sí fragilizados.

Como suele ocurrir en regiones frontera, la movilidad humana es un rasgo característico tanto en lo que se refiere a los movimientos cotidianos de trabajadores y consumidores, como a la diversidad étnica, haciendo que los propios límites fronterizos se diluyan en el abanico de relaciones. De ese contingente de población fluctuante, la gran mayoría no permanece más de un día en la ciudad, tiempo suficiente para completar el recorrido de las compras. Se trata, en suma, de un escenario complejo que exige la atención del administrador local por cuanto que la gestión de los intereses de los diferentes tipos de población con presencia en la ciudad (la residente y la que no vive en ella) no siempre se muestran coincidentes.

La heterogeneidad étnica y cultural, casi siempre presente en una zona fronteriza, asume en este caso una amplitud aún más notable. Más allá de su condición de punto de intersección entre tres países culturalmente distintos, las oportunidades económicas y la construcción de la planta hidroeléctrica han provocado un intenso movimiento migratorio. Ello ha producido una mayor diversidad en cuanto al origen de la población, contribuyendo a hacer más complejas las relaciones y las identidades sociales.

A la secular diversidad cultural de los moradores natos, con fuerte presencia indígena (guaraní), particularmente en Paraguay, hay que sumar la que viene de la mano de un relevante volumen de inmigrantes internacionales de origen asiático, como árabes, chinos y coreanos. Es populosa la colonia árabe instalada a partir de los años sesenta en Foz de Iguazú (la segunda más grande de Brasil) y en Ciudad del Este, formada mayoritariamente por libaneses, pero también por sirios, egipcios, palestinos y jordanos. Asimismo, es notable la presencia de chinos y surcoreanos, estos más recientes. La principal vinculación de esos migrantes con la región está en la actividad comercial. Como observan Montenegro y Beliveau:³ “en Ciudad del Este se torna visible la multiplicidad de lenguas y nacionalidades, en las calles del centro es posible escuchar hablar árabe, guaraní, portugués y español, entre otras lenguas. La multiculturalidad se hace también evidente en vestimentas, oferta de ‘comida étnica’ y otros diacríticos de la yuxtaposición de culturas.”

La suma de los procesos refuerza un imaginario de miedo e inseguridad y, al mismo tiempo, aflora un contradiscurso que aglutina movilizaciones en defensa de la diversidad cultural y de la biodiversidad natural

En ese espacio, la singularidad étnica amplía la diversidad religiosa y hace más compleja su calificación de frontera. La presencia musulmana está concentrada en Foz de Iguazú, cuyos íconos –la mezquita o el Centro Cultural y de Beneficencia Islámica– pasan a puntuar la ciudad. En la misma ciudad adquiere expresividad la presencia de un gran templo budista, entre otros símbolos de la presencia multicultural y multirreligiosa.

Cada segmento constituye una territorialidad particular, componiendo el conjunto un espacio de múltiples fronteras, dada la cantidad de actores, intereses, pactos formales e informales que hacen que, por tratarse de un espacio de todos, parezca no pertenecer a nadie. Son fronteras de orden económico, social, antropológico, cultural,

³ Silvia Montenegro y Verónica G. Béliveau, *La triple frontera: globalización y construcción social del espacio*, Miño y Dávila Editores, Madrid/Buenos Aires, 2006, p. 21.

étnico y principalmente del deseo de usufructo de las oportunidades que oscilan entre los tres países con sus peculiaridades. Fronteras que demarcan territorialidades de la diversidad, que deben ser identificadas, reconocidas y comprendidas como escalas que intervienen en la producción del espacio transfronterizo y en sus relaciones con el exterior.

Montenegro y Béliveau en sus investigaciones⁴ han analizado las tensiones y conflictos que surgen de los procesos de integración cultural, señalando que muchos de ellos se articulan externamente a la región, siendo recibidos y contestados por los actores locales. Dichas autoras han trabajado la yuxtaposición entre diversidad y conflicto y han indagado sobre las representaciones de la alteridad nacional, étnica y religiosa que resultan de los flujos culturales y simbólicos, así como de los comerciales o económicos. Llamam la atención sobre el hecho de que la aparente fluidez fortalece identidades –religiosas, nacionales, regionales– que en determinados momentos asumen una expresión de plasticidad, hibridismo y compatibilidad, y en otros, de desconfianza recíproca e invención del peligro del extranjero. Esos casos dejan explícita la desigualdad social, económica y de derechos.

Asimismo, dichas autoras resaltan que los mensajes que se construyen contribuyen a difundir una imagen de la región por sus aspectos negativos. Por un lado, la región se ha convertido en una metáfora de las zonas grises sometidas a la amenaza imprevisible del terrorismo global. Después del año 2001, ha sido frecuente en la prensa nacional e internacional un discurso periodístico que la relaciona con un espacio transnacional que escapa a los controles estatales, en el que se dan vínculos con eventos como los atentados al World Trade Center en Nueva York. Esas noticias se relacionan con circunstancias locales, como la concentración de inmigrantes árabes y el descontrol existente sobre los flujos comerciales realizados en la confluencia de los países. Por otro, la informalidad en la circulación ilegal de cigarrillos, armas y componentes electrónicos, las falsificaciones de marcas de productos, el tráfico de drogas, la prostitución y violencia contra los niños, etc., ha favorecido la difusión de mensajes que presentan a esta aglomeración como si de una tierra salvaje se tratara –imagen común en las ciudades de frontera–. La superación de estas representaciones exige una alternativa económica y formas de control ausentes en las actuales políticas de desarrollo de los países. En cualquier caso, no hay que obviar que, a pesar de que la suma de todos estos procesos refuerza un imaginario de miedo e inseguridad, al mismo tiempo aflora también un contradiscurso que aglutina movilizaciones en defensa de la diversidad cultural y de la biodiversidad natural, y llamadas a la responsabilidad social de los gobiernos ante las desigualdades.

⁴ *Ibidem.*

El reto de la gestión del espacio transfronterizo

La gestión de aglomeraciones urbanas es *per se* un proceso de difícil articulación, puesto que constituyen espacios localizados sobre múltiples unidades político-administrativas. En este sentido, el gran reto es romper el orden escalar. Por otro lado, la larga distancia que separa a estas zonas de los centros de decisión de los respectivos países relega a estas aglomeraciones al olvido. Por supuesto, otro desafío relevante es la cuestión del poder.

En Brasil, la mayoría de las aglomeraciones urbanas afronta las dificultades impuestas por la autonomía municipal, que fragmenta decisiones que deberían ser tomadas al unísono. En las de carácter transfronterizo, surgen aún mayores dificultades como consecuencia de la superposición de otras escalas político-administrativas, como la de los estados federados y la de los propios países, con legislaciones y políticas macroeconómicas distintas. En ellas, el fenómeno urbano, el espacio económico y los aspectos culturales, aunque tengan similitud, sufren la limitación de barreras políticas, financieras y legales en el flujo de personas y mercancías, hecho que acentúa las diferencias en los rasgos de las muchas identidades y la desigualdad entre los pueblos.

La dinámica de Foz do Iguaçu, Puerto Iguazú y Ciudad del Este sirve de ejemplo en la discusión acerca de las formas de integración, planeamiento y gestión de estas zonas transfronterizas. En esos espacios, el diseño de las metas y prioridades locales suele estar subordinado a decisiones y controles vinculados, principalmente, a los intereses nacionales y a los acuerdos regionales, cuando no directamente a los intereses de los grandes grupos del comercio y de los servicios o a los de las grandes industrias internacionales, como también a la población fluctuante.

Así, la confluencia de oportunidades e intereses diversos pasan a ser elemento clave en la configuración urbana del aglomerado, tendiéndose a privilegiar los intereses externos frente a los propios de la población residente. Es evidente que se establece una disputa entre una ciudad para los que la habitan y una ciudad para los visitantes/consumidores o simplemente transeúntes ocasionales.

La integración que surge de hecho es el resultado de la dinámica de los diferentes agentes que actúan en ese espacio, bien sea de forma puntual, formal o informal. La búsqueda por cubrir necesidades concretas genera integraciones puntuales. Por ejemplo, surgen servicios públicos especializados en salud que, con independencia de sus limitaciones, se hacen accesibles a la población sin consideración al país de origen del paciente. Lo mismo ocurre en el ámbito de la educación, que favorece la mezcla cultural y la construcción de una identidad compleja. Hay niños que se alfabetizan en un idioma, conocen la historia y acceden a la cultura de un país, pero que viven en otro. Pero si hay una hibridización, hay

también, conjuntamente, exclusión. Las distintas culturas no son aceptadas equitativamente, sino que el juego del poder impone la hegemonía de unas sobre otras. De la misma manera, los derechos sociales no son ejercidos igualitariamente, con contingentes de excluidos de los servicios esenciales y del empleo, sea por la procedencia –de acuerdo con la motivación del día, se selecciona el origen del usuario del servicio– o por la condición de vínculo del trabajo. Se acentúan, así, las desigualdades socioterritoriales.

En el ámbito de los municipios también se expresan manifestaciones de la desigualdad. La condición de economía de enclave desata en esa aglomeración urbana una dinámica del sector terciario de la que no logran participar ni beneficiarse los espacios regionales en los que esta zona se encuentra inserta. Tampoco se logran articulaciones con la producción agroindustrial de las regiones. Otro motivo de desigualdad está en la diferenciación entre aquellos presupuestos de los municipios de las orillas del lago de Itaipu, con ingresos garantizados por la planta hidroeléctrica, y aquellos otros que no tienen esta fuente de recursos.

La ausencia de cualquier tipo de articulación regional, nacional o entre los tres países que forman la aglomeración, lleva a que la toma de decisiones tenga un carácter fragmentario y que no se formulen estrategias que prioricen acciones para el desarrollo del territorio en su totalidad. Las soluciones en las relaciones transfronterizas se alcanza muchas veces al margen de los sistemas formales de gestión del espacio, siendo marginadas o fragilizadas por el aparato de la ley. La manera en que los moradores y consumidores pasajeros buscan hacer viable ese espacio se manifiesta cotidianamente en una recomposición permanente del mismo más allá del poder instituido. Aunque se cierre o se restrinja el pasaje por el puente de un país a otro, lo que frecuentemente ocurre, los senderos emergen en la periferia de lo formal, en la trasgresión de los límites. Esas circunstancias, además, suelen mostrar el carácter obsoleto de muchas de las acciones que se contemplan para gestionar los conflictos que van surgiendo.

Así, en esa como en otras aglomeraciones transfronterizas, se observa la constitución de un territorio en el que al mismo tiempo que se manifiesta lo mejor de lo diverso también se expresa la cara peor de la desigualdad; un territorio en el que se muestra la paradoja de que, por un lado, exista una presencia excesiva del Estado, manifestándose en todas sus escalas formales y, por otro, se manifieste una ausencia del mismo, por lo que se configura un vacío institucional que da origen a numerosos poderes fragmentados. Los movimientos y procesos sociales que surgen cotidianamente de esos flujos de personas que transitan por el espacio transfronterizo llevan a que sea posible, al fin y al cabo, que la frontera prevalezca con toda su porosidad. En ese caso, “lo importante es que lleven y traigan. Que mezclen. Que cambien. Que no se detenga el movimiento del mundo”.⁵

⁵ C. Fuentes, *La frontera de cristal*, Alfaguara, México DF, 1995, p. 125.